

TRIBUNA
UN DEBATE SUSPENDIDO:
LA HISTORIA REGIONAL COMO
ESTRATEGIA FINITA (COMENTARIOS
A UNA CRÍTICA FUNDADA)

Antonio IBARRA
Universidad Nacional Autónoma de México

En recuerdo de Ruggiero Romano, si se me permite evocarlo, porque seguramente estaría en esta discusión haciéndonos dudar...

HE LEÍDO DETENIDAMENTE el estimulante comentario de Guillermina del Valle Pavón y Luis Gerardo Morales a mi libro, advirtiéndome que su importancia rebasa los estrechos límites de aquel texto.¹ Desde luego debo señalar que agradezco la deferencia de haberme hecho parte de una discusión de mayor alcance; por tanto, quiero aprovechar la oportunidad para tratar de “responder” más en el ánimo de seguir la polémica que ellos abrieron con sus reflexiones, que defender el argumento de la obra.

SOBRE EL PROBLEMA DE “HACER” HISTORIA REGIONAL

Como bien lo han planteado Valle Pavón y Morales, la pertinencia de recurrir a la llamada “microhistoria” estriba en establecer con toda claridad una “escala de observación” y traer a ella problemas del conocimiento superiores.² Siguiendo a Ginzburg y Lévi, muy apropiadamente, sugieren

¹ VALLE PAVÓN y MORALES, 2001, pp. 429-443, sobre IBARRA, 2000a.

² VALLE PAVÓN y MORALES, 2001, pp. 431-432.

que una renovación en este enfoque requiere de una reflexión de corte metodológico explícito para hacer significativo el recurso de este grado de análisis, tal como lo ha planteado el autor de *El queso y los gusanos*, como una suerte de “paradigma indiciario”.³ Pero en la historiografía mexicana, ésta no ha sido la tradición del análisis regional y la microhistoria italiana es una “moda” relativamente reciente que aún no ha dado frutos maduros de investigación ¿por qué?⁴

Cuando se habla de “microhistoria” en México, inevitablemente se vuelven los ojos a San José de Gracia y a la paradigmática obra de Luis González, ya que, sin duda, ha sido ésta la que ha bautizado al género en la historiografía mexicana.⁵ Sin embargo, la excepcional cualidad de *Pueblo en vilo* está, justamente en su universalidad, esto es, en la capacidad de haber penetrado en el conocimiento de un cierto “código genético” de la historia pueblerina mexicana que puede advertirse en todo el país, aunque con diferencias de grado.⁶ Otro mérito indiscutible de la obra y su autor es que fue un detonante del gusto por la historia local, en una época en que se profesionalizó este ejercicio y adquirió el rango de “práctica historiográfica”.

En efecto, desde la década de 1970 y en especial en la de 1980, “hacer historia regional”, parafraseando a Eric Van Young, se convirtió en un terreno preferencial de la historiografía mexicana, influido por el entusiasmo que despertó aquella obra y las cruzadas que su autor emprendió para la recuperación de la historia local y regional.⁷ Como suele

³ GINZBURG, 1983.

⁴ Un caso excepcional, de integración entre teoría e historia para una visión de la vida cotidiana, en una escala microhistórica, es el reciente libro de Rafael Torres sobre Guadalajara durante la Revolución. TORRES SÁNCHEZ, 2001.

⁵ GONZÁLEZ, 1968.

⁶ “[...] porque lo que hace relevante a la microhistoria, como a cualquier historia, es la significación, la importancia de lo encontrado por el microhistoriador, y que por muy apegado al terruño, a la pequeña porción elegida incluso en razón de su ‘insignificancia típica’, sea relevante por los universos humanos que se encuentran.” LIRA, 1994, p. 168.

⁷ Véanse sus sucesivas invitaciones a una “historia patria”, centrada en las localidades. GONZÁLEZ, 1973 y 1982.

ocurrir, a la vuelta de varias décadas, la obra de Luis González mantiene su excepcionalidad respecto a lo que más tarde se escribió siguiendo su modelo, precisamente porque no fue alcanzada en su originalidad y él mismo ha preferido escribir una historia para “lectores llanos” que para profesionales, situando a la “microhistoria” como un subgénero de la historia regional.⁸ De esta manera, para su creador, el concepto de “microhistoria” tiene un horizonte restringido respecto a un posible desarrollo teórico en la historiografía regional mexicana.⁹

Por otra parte, la “historia regional” alcanzó, en la década de 1980, probablemente su mejor momento en términos de volumen de producción y en la convergencia de dos trayectorias historiográficas distintas, a saber: por un lado, la “historiografía académica” hecha a partir de “modelos” de análisis regional, tomados de la antropología o la economía, pero enriquecidos con fuentes y testimonios primarios, que permitieron realizar una profunda revisión de los grandes paradigmas de la historia nacional;¹⁰ por otro lado, la “profesionalización” de una suerte de “historia regional institucionalizada” que respondía al propósito de hacer una “estatografía” de cada entidad federativa, a contrapunto de la historia nacional y como una respuesta al “centralismo” de ésta, pero trivializando el complejo problema de la escala de medición

⁸ GONZÁLEZ, 1991, p. 16.

⁹ “Los lectores naturales de la microhistoria pertenecen al pueblo raso que rehúye, en tratándose de sus prójimos, el saber generalizante, las lucubraciones filosóficas. La gente de estatura normal busca en la microhistoria el ensanchamiento de sus recuerdos personales que no un sustituto de sus creencias metafísicas. Agradece la narración de historias verídica(s) sobre sus ancestros si el relato de sus raíces se hace de modo sobrio, conciso y sabroso, a la manera de los contadores de cuentos.” GONZÁLEZ, 1991, pp. 17-18.

¹⁰ Es probable que este impulso, principalmente debido a tesis de grado de *scholars* estadounidenses, haya sido la puerta de entrada a la actual influencia de su historiografía sobre México, coincidente con un declive de la geohistoria de inspiración francesa identificada con los *Annales* braudelianos. Por su parte, la historiografía regional marxista prácticamente quedó en intenciones de interpretación. Véase ZEPEDA PATTERSON, 1983, pp. 7-21.

con la adopción de un modelo simple la unidad territorial, al juzgar a los estados como las “regiones” históricas.¹¹

De esta manera, la historia “regional” se convirtió en un río de varias aguas que aun hoy resulta difícil de medir en su caudal y distinguir en sus corrientes cristalinas, entre la turbulencia de tanta monografía “regional” que la enturbia.¹²

Por su parte, cuando Van Young presentó un balance sobre la historia regional, en la reunión de historiadores mexicanos y estadounidenses celebrada en Oaxaca en 1985, particularmente en su vertiente académica, señaló los nudos de esta práctica historiográfica carente de una estrategia de conocimiento explícita y, salvo casos excepcionales, débilmente sustentada en una reflexión teórica que llevara a considerar la dimensión espacial como una “hipótesis a confirmar” en el pasado y no sólo como un presupuesto de investigación.¹³

¹¹ Incisivo, Luis González comenta que de “las doscientas síntesis históricas de los estados salidas a la luz pública en los últimos veinte años brindan algunas novedades. En su gran mayoría, proponen argumentos explicativos de los hechos que narran. Son franca minoría las que se quedan en el campo de efemérides, diccionarios históricos o crónicas de tijera y engrudo. Muchas, quizá por haber sido hechas conforme a un patrón dado, son notoriamente desangeladas, escritas en el lenguaje común, pero insípido. Eso sí, mucho más y mejor ilustradas que las de antaño”. GONZÁLEZ, 1991, p. 12.

¹² Las historias generales de los estados, suplantando a la historia de la región, se convirtieron en matrices de una práctica recurrente: hacer de la “historia regional” un vertedero del pasado a través del cernidor territorial de la entidad federativa, desde la paleontohistoria hasta el último gobierno estatal, no por azar su patrocinador. Más tarde, estas mismas obras, generalmente colectivas, se fueron minimizando en su contenido y valor hasta convertirse en compendio histórico de sus coordinadores, brevísimas historias del estado o mínimas de su capital, diluyendo todo análisis histórico y supeditándolo a una narrativa anticentralista en lo político y costumbrista en la búsqueda de la identidad de “lo nuestro”. Jalisco es un ejemplo de catálogo de esta opacidad historiográfica.

¹³ “[...] las regiones son hipótesis por demostrar y que, cuando se escribe historia regional, se debería intentar hacer justamente eso, demostrar tal hipótesis, antes que describir entidades antecedentes. Sin embargo, a pesar de esta nebulosa teórica, vemos regiones en México cada vez que miramos, y de hecho, la región geohistórica y el regionalismo son centrales para la experiencia mexicana.” VAN YOUNG, 1992 [1985], p. 430.

Van Young fue más allá, extrayendo de una diversidad de estudios regionales una reflexión metodológica sobre los alcances y limitaciones de hacer historia regional, siguiendo el hilo de la organización espacial de los mercados como una arquitectura económica de las regiones.¹⁴ Más tarde, nos habría de convencer de que las regiones son “buenas para pensar”, siguiendo a Lévi-Strauss, como escenarios complejos, pero propicios para ensayar interpretaciones que trasciendan las estrechas fronteras de su espacialidad, siempre y cuando el historiador se ponga en la cabeza una preocupación de mayor alcance que “contar” la historia regional. Un ejemplo de notable calidad, sobre las permanencias históricas de la profundidad regional chiapaneca, sería el modelo historiográfico implícito en *Resistencia y Utopía* de García de León.¹⁵

De hecho, podríamos establecer que entre la publicación de *Pueblo en vilo* y la reflexión de Van Young puede cerrarse el ciclo de esta historiografía, en su fase temprana como microhistoria y de su conformación como disciplina académica. En este punto de ruptura se sitúa, quizá, nuestro trabajo.¹⁶

Ahora bien, para nosotros era relevante situar la investigación entre una “escala de medición regional”, la economía de Guadalajara, y una tentativa de formalización de un problema que trasciende a lo estrictamente local, a saber: la estructura y dinámica del mercado interno colonial. Por ello, siendo sinceros, nuestro ensayo no quiso ser una historia

¹⁴ VAN YOUNG, 1992a, pp. 1-36.

¹⁵ “Deambulan entonces a su libre albedrío todos los aspectos de este vasto territorio poblado de indios, profetas ya anarquistas, de finqueros y generales, de sabios pistoleros y poetas. Se pasea la esencia incompleta de los hechos; o como bien dice una sabia inscripción pintada en la puerta de un pueblo fronterizo de Chiapas: ‘Aquí yacen los muertos que viven en Zapaluta’”, GARCÍA DE LEÓN, 1985, pp. 13-22.

¹⁶ El texto fue escrito en 1990, durmiendo un largo sueño editorial, pese al entusiasmo que empeñó Antonio García de León en su notable presentación. Sería gracias al entusiasmo crítico de Romano, quien insistió en que su publicación podría resultar útil a otros lectores y para ello apostó su posfacio, que el texto logró liberarse de su jaula de indiferencia.

regional, sino procurar avanzar en el propósito de utilizar esta escala de medición como un recurso de reflexión, como sugiere Van Young. Desde este punto de vista, nuestro trabajo se aparta de la corriente tradicional y converge con los intereses de Valle Pavón y Morales por buscar una alternativa teórica a la historia puramente regional, aunque el intento no les satisfaga a plenitud.

LA CONSTRUCCIÓN DEL DISCURSO HISTORIOGRÁFICO:
¿POR QUÉ RECURRIR A UNA HISTORIA CUANTITATIVA?

Muy apropiadamente, la crítica de Valle Pavón y Morales apunta a la elección de la escritura de la historia y en ello pulsan un tema importante: ¿qué estrategia seguir?¹⁷ En el libro mencionado, se ha tomado una dirección definida atendiendo a la “materia prima” fundamental de la interpretación, la “Relación” sobre Guadalajara que hiciera el intendente Abascal para 1802 y 1803: esto es, una medición cuantitativa del producto regional y los flujos de mercado hecha por un contemporáneo.¹⁸ Como es conocido entre los colonialistas, los testimonios estadísticos de fines del siglo XVIII estuvieron marcados por una impronta ilustrada que buscaba “dibujar” la realidad en números, como se hiciera mediante imágenes etnográficas en las célebres *Relaciones geográficas* que pidiera Felipe II, en 1580. El lenguaje de época era el de una protoestadística que, en el caso de Abascal, rebasó lo meramente descriptivo, organizando “comprendivamente” los datos en una suerte de “tabla económica” de la intendencia, con un marcado acento fisiocrático y una intención totalizadora en su medición. Su interpretación moderna exigía, entonces, desmontar sus partes y reconstruirla atendiendo a las valoraciones cualitativas que se desprendían del discurso del intendente, pero ajustada a un nuevo sistema de identidades ordenados

¹⁷ VALLE PAVÓN y MORALES, 2001, pp. 430-431.

¹⁸ Para una evaluación de la fuente véase la presentación de SERRERA, 1974, pp. 121-141.

en una matriz de transacciones sectoriales y flujos de circulación.¹⁹

Por su parte, como bien han anotado nuestros lectores críticos, en la elección de la estrategia historiográfica no optamos por el “microanálisis”, propuesto por Lévi o Ginzburg, sino por un “macroanálisis económico y cuantitativo”.²⁰ Ofrezco dos explicaciones: primera, porque mi formación como historiador económico se sitúa en el debate entre economistas e historiadores que se expresó por medio de la discusión entre historia cuantitativa e historia serial;²¹ en mi caso, opté por ambas estrategias combinadas, a saber, un análisis de las tendencias de largo plazo fincadas en registros seriales, como la contabilidad fiscal, y un examen sincrónico de aquellas tendencias, presentes en el “modelo” de análisis cuantitativo, reconstruido a partir de la fuente y no impostado a la época. Segunda, porque el debate en que se inscribe la investigación, la organización del mercado interno, privilegia el análisis endógeno de las regiones, como lo hiciera Van Young para la región de Guadalajara, y nosotros optamos por un análisis exógeno centrado en los lazos entre ésta y el mercado interno. En cierto modo, partimos de un examen regional para mostrar la exogeneidad del sistema de mercados regionales novohispanos y con ello establecer un diálogo crítico con el trabajo de Van Young.²²

¹⁹ Sobre la metodología de análisis, véase IBARRA, 2000a, pp. 161-170.

²⁰ Esta consideración nos llevó a construir un modelo de contabilidad económica *ad hoc* que, en estricto sentido, no es una historia cuantitativa, pero se le acerca. Como ironiza Luis González, “[...] gracias a la cuantificación, según notables cuantificadores, la historia ha podido ponerse a la altura de las demás ciencias del hombre. Según Chaunu, la cuantificación ha conseguido que la historia sea fámula de las ciencias del hombre, y por lo mismo, se ha vuelto un ente servicial, le ha quitado el carácter de buena para nada”. GONZÁLEZ, 1989, p. 22. Nuestra intención, al hacer uso de un modelo cuantitativo, fue la contraria: utilizar el modelo para plantear el problema y la historia para explicarlo.

²¹ El contexto de ideas puede verse en IBARRA, 1998, pp. 143-157.

²² Nos referimos a su tesis sobre Guadalajara y, más precisamente, a su modelo regional de ciudad y *hinterland* rural. VAN YOUNG, 1989 [1981] y 1992 [1979].

La investigación, aunque con un formato cuantitativo, resultado de la estrategia historiográfica seguida, pretende llegar a una conclusión de corte cualitativo: la economía novohispana, y probablemente la sociedad y el Estado, no constituían una constelación de segmentos regionales débilmente articulados, sino un entramado de relaciones reciprocas, dinamizado por la producción de plata y anudado en su dinámica interna por el "ciclo de circulación del capital minero".²³

Lo anterior, como una interpretación alternativa a la apreciación de Van Young y otros historiadores, como Romano, respecto a la precariedad de la integración del mercado interno y la debilidad de la economía novohispana. Es verdad, las regiones y sus poderes fácticos cobraron una fuerza excepcional en la época borbónica, pero la unidad del mercado y los hilos invisibles del poder y sus alianzas posibilitaron la unidad del país, pese a sus tendencias centrífugas. Desde esta perspectiva, la historia económica también puede ofrecer explicaciones al debate sobre la unidad geológica de México.

Las implicaciones de esta diferencia teórica, se expresan en los modelos de análisis y el tratamiento de la información empírica de la época. En particular, Van Young sostiene que Guadalajara funcionó como un centro solar sobre su región, ejerciendo un peso gravitacional sobre los sucesivos anillos microrregionales, inhibiendo la relación con otras regiones.²⁴ Sin embargo, una crítica sustancial a esta hipótesis suponía la deconstrucción de la fuente y una nue-

²³ Este modelo ya fue sugerido por Assadourian en su lectura de las reflexiones coetáneas de Fausto Delhúyar. ASSADOURIAN, 1983, pp. 256-273.

²⁴ "La región de Guadalajara durante el final del periodo colonial y principios del siglo XIX proporciona un ejemplo aún más claro del tipo de sistema con un emplazamiento o lugar central de olla de presión/solar ['pressure cooker solar model'], o al menos uno que me es más conocido. Guadalajara, la capital política y administrativa del área, ciertamente funcionaba como la ciudad regional primaria, y la jerarquía urbana de su amplia provincia interna demostró de manera concomitante un alto grado de falta de regularidad logarítmica [...]" VAN YOUNG, 1992 [1985], pp. 445-446.

va interpretación de los datos: la economía alimentaria y el sector de demanda intermedia nos mostraron la manera cómo esta región se vinculaba con la producción minera y la demanda extrarregional del reino.²⁵

Por su parte, como anotó Abascal, si bien Guadalajara no era una región rica en metales producía plata, útil para el mercado regional, pero sobre todo se “atraía” plata de la circulación por medio del intercambio. Entonces, la región participaba de la dinámica del mercado interno tanto en el sector de las mercancías, con productos regionales por plata, como en el financiero, con plata pasta por moneda.²⁶

Este debate, cifrado en los datos, aunque pasó de largo para nuestros críticos, explica buena parte de las razones de la elección historiográfica.²⁷ Sin embargo, el modelo de análisis apenas nos permitió ver, como una suerte de “espectro indiciario”, algunos procesos que requerían explicar y que, desde luego, exigen de una investigación más profunda, pero precedida de un radical cambio de óptica en lo metodológico y en su orden conceptual.

El esfuerzo de integración metodológica, entre un modelo cuantitativo y un análisis geohistórico, probablemente sea otro tema de debate. Es decir, me refiero al equilibrio que debe existir entre un análisis exhaustivo de una fuente cuantitativa y un examen de macroestructuras determinantes de esta evidencia, como la geografía, la población, las formas institucionales del poder y la vida social. En nuestro caso, hemos tratado de establecer un vínculo entre el modelo histórico y el econométrico advirtiendo las implicaciones

²⁵ Van Young estima en 5% del Producto Regional Bruto las exportaciones de Guadalajara al reino, tomando los datos agregados presentados por el intendente. En el análisis por sectores de oferta que hemos realizado, se revelan otras proporciones, a saber: 39% de la producción alimentaria, 47.5% de la intermedia y 40.5% de la final no alimentaria salieron de la intendencia para el reino. Estamos hablando, claramente, de una economía regional abierta y dinámicamente articulada al mercado novohispano. IBARRA, 2000a, pp. 225-227.

²⁶ Abascal en SERRERA, 1974, p. 148.

²⁷ El debate con Romano puede verse en *Historia Mexicana*, XLIX:2 (194) (oct.-dic. 1999), pp. 279-308.

sociológicas de las conclusiones que se desprenden de ambos modos de explicación, como bien han hecho notar Valle Pavón y Morales.

Nuestra evidencia empírica, vale la pena destacarlo, es producto de una historia larga y una corta: por una parte, de la conformación histórica del “conjunto regional” que se hunde en el temprano siglo XVIII y se transpira en las observaciones del intendente sobre el cambio secular; por otra parte, una “instantánea” de la arquitectura económica que se refleja en la protoestadística del testigo que buscó documentar la unidad de análisis en la totalidad de la economía regional. Ello nos llevó a resolver otro problema relevante: la dificultad de tramar el análisis diacrónico de tendencias de largo plazo —demográficas, sociales, mentales— y su revelación sincrónica en el análisis macroeconómico. Entonces, la elección de una estrategia historiográfica, difícilmente se antoja excluyente en lo metodológico y exclusivamente cuantitativa. A nuestro parecer, el examen empírico carecería de relevancia si no se extiende a una corriente de larga duración en la que se inscribe y explica. Por eso, quizá, el corte temporal de las relaciones de Abascal nos puede revelar el climax de un proceso de largo aliento, esto es, la conformación de una economía y una sociedad reconocible en sus señas de identidad regional, pero tejida a un conjunto histórico más amplio, en este caso el mercado novohispano y el mundo colonial hispanoamericano. Entonces, la dificultad de la “escala de medición” trasciende al de la “dinámica de la medición” y de su significación para simultáneamente situarse en un contexto espacial abierto y en uno temporal dilatado. ¿Es esto una nueva microhistoria económica? No lo sé, pero seguramente no es sólo historia regional, por lo menos en sus intenciones.

LAS LIMITACIONES DEL ANÁLISIS MACROECONÓMICO REGIONAL:

MONEDA, CRÉDITO Y FINANZAS

Una objeción relevante, hecha por Assadourian y recordada por nuestros lectores, es la relativa a dos problemas rela-

cionados: el de la “desacumulación regional de capital”, o del bajo ahorro interno, resultado del intercambio desigual, y el de la liquidez financiera de su economía de mercado.²⁸ Ciertamente, nuestro análisis es pobre en este terreno, tanto porque la fuente restringe su observación al sector de las mercancías, como porque nuestro conocimiento de la dinámica financiera regional es precario. Sin embargo, trataremos de responder a la crítica adelantando dos hipótesis tanto desde la circulación monetaria, como desde la formación regional de capital, con el propósito de suplir esta debilidad del análisis.

En una economía productora de metales preciosos, como la novohispana, la circulación premonetaria es parte importante del proceso de valoración del metal; es decir, la plata antes de ser moneda ha circulado como medio de cambio y con eso ha suplido algunas funciones reservadas a la moneda, aun sin serlo.²⁹ La existencia de un mercado no monetario de la plata, entonces, es un puente entre ambas esferas del mercado, la real y la financiera, y en nuestro caso su registro contable es doble: plata como mercancía regional, es decir no amonedada, y plata como atraída de la circulación novohispana por el intercambio, esto es, amonedada.

En el primer caso, nuestro testigo de época afirmó que la plata producida en su territorio alcanzaba un valor promedio de 876 000 pesos anuales, entre 1802-1803, que coincide con el registro de la afinación de metales. Si entendemos bien, este producto metálico podría haber tenido una doble función, a saber: saldar las transacciones entre mineros y comerciantes regionales, así como funcionar de medio de pago financiero en manos de estos últimos, para con sus acreedores que les surtían de importaciones. En su caso, la plata producida regionalmente circulaba antes de enviarse

²⁸ VALLE PAVÓN y MORALES, 2001, p. 441, nota 39.

²⁹ El tema ya lo hemos tratado, en forma de exploración, acudiendo a los libros de ensayo para comparar las estimaciones de Abascal con la contabilidad fiscal: el resultado es asombrosamente coincidente. Véase IBARRA, 1999, pp. 445-466.

a su amonedación y cuando ésta se produce se cierra un doble ciclo de circulación, de mercado y financiero. Por otra parte, la plata "atraída por la circulación", como escribió en su *Memoria* el intendente Abascal, constituía el otro componente financiero de la circulación regional toda vez que llegando como pago a sus despachos de mercancías "irrigaba" la circulación regional con monedas de cuño legal.

En conjunto, la plata producida y atraída por la circulación, en la contabilidad de Abascal, compensa el alto costo de las importaciones que más tarde habrán de circular regionalmente o transitar hacia destinos distantes por intermediación local. En este caso, el saldo de la balanza comercial regional depende de un aparente déficit en la balanza financiera, que no es tal si consideramos el papel de la creación de liquidez que supone el crédito.³⁰

El intendente suponía que buena parte del comercio regional se hacía mediante el crédito, particularmente en la feria de San Juan, y que gracias a éste era posible comprender la prosperidad comercial de Guadalajara.³¹ Si esto es cierto, entonces, la plata no amonedada constituía la clave para el saldo de pasivos regionales y una buena "clave" para entender la integración mercantil de la región con las corrientes del comercio internacional. ¿Esto supone "desacumulación" o "desatesoramiento", como bien cuestionó Assadourian y recuperaron nuestros críticos? Según nuestro modelo, se produjo una desacumulación metálica, pero no una sangría de monedas, como sugería Romano. Si para

³⁰ Este modelo lo hemos ensayado, con documentación fiscal, en nuestra tesis de doctorado. IBARRA, 2000c, pp. 199-273.

³¹ "Todo el cálculo mercantil [escribió Abascal], se reduce a comprar lo más barato posible, y vender si se puede con las ganancias que cada uno se propone. Sin embargo, no deja de necesitarse alguna previsión para ejecutarlo con el menor riesgo posible, pues como los comerciantes de mayores fondos de esta ciudad, Aguascalientes, Sayula, Tepic y otros pueblos de consideración, venden gran parte al fiado a los de menos caudal, distribuidos dentro y fuera de la provincia, deben tomar medidas para evitar el atraso en el cumplimiento de los plazos, y vivir con vigilancia para no ser sorprendidos en alguna bancarrota que los comprometa con los de Veracruz de quienes también recibe a crédito mucha parte de las facturas." Abascal en SERRERA, 1974, p. 143.

figurar en el mercado internacional la plata debía amonarse, dado el arreglo institucional que centralizaba la acuñación en la Casa de Moneda de México, aquélla ya había circulado en el sistema económico novohispano y sólo le restaba embarcarse.

Entonces, sugerimos a modo de hipótesis, que cuando la plata llegaba a la ceca de la capital había finalizado ya su circuito de circulación premonetaria y cerraba el ciclo crediticio del dinero. Si esto era así, no hay ninguna evidencia que suponga que era una pérdida de monedas atesorables, sino una desacumulación de metales a cambio de los cuales se obtenían otras tantas mercancías no producidas en la economía novohispana.

Desde luego que eso supone otro problema contrafactual implícito: ¿esta plata atesorada, de no haber salido, se hubiera convertido en capital y hubiera estimulado la producción manufacturera colonial hasta desarrollar una protoindustria? No hay una respuesta inequívoca, pero suponemos que no era un dilema de la época: la plata era una mercancía relativamente abundante en el mercado novohispano y el dinero “barato”, en términos financieros. Sin embargo, la plata destinada a financiar el consumo difícilmente hubiera sido “invertida”, por ejemplo, en la producción textil centralizada porque hubiera supuesto un arreglo ineficiente de mercado: se empeñaría un recurso relativamente abundante, la plata, en producir textiles con un bajo índice tecnológico, de mala calidad y costos significativamente mayores a lo que suponía importarlos. Entonces, la “desacumulación de metales” en el intercambio internacional sería menor y más rentable, en términos relativos, que si se destinara a la inversión manufacturera para un mercado interno dominado por la elaboración doméstica y artesanal. Eso no supone “atraso”, por definición, sino una opción económica distinta ya que en las condiciones específicas del mercado de la época, se privilegiaba el beneficio comercial y de corto plazo.

Ahora bien, como interrogan Valle Pavón y Morales: ¿qué tan solventes eran los comerciantes de Guadalajara?³² Si-

³² VALLE PAVÓN y MORALES: 2001, pp. 441-442.

guiendo el supuesto de que el dinero era relativamente barato en la época, toda vez que la tasa de interés estuvo anclada al modo que imponía el préstamo eclesiástico y los plazos de redención eran significativamente largos y añadiendo el hecho de que quienes accedían al crédito participaban del mercado, que suponía una verdadera "barrera de entrada", entonces tenían alternativas de redimirlo sin grandes desembolsos y, en consecuencia, condiciones de liquidez favorables. Ahora bien, como lo ha mostrado Greenow en su excelente estudio sobre Guadalajara, el crédito colonial funcionada sobre una tupida red de reciprocidades sociales en la que participaban instituciones, notables y "empresarios" con relativa eficiencia y economía.³³ Entonces, pensamos, siguiendo la investigación de Greenow, que había una relativa solvencia del comercio provincial y que ello se tradujo también en cierta prosperidad en la agricultura comercial y la manufactura local.

Como es ahora conocido, gracias a la investigación de Marichal, sólo sería con la crisis financiera de Carlos IV que el mercado de crédito, el valor del dinero y las presiones fiscales habrían de distorsionar esta variable, lo cual, sin embargo, parece que no produjo un atraso significativo en la economía regional. Finalmente, como anotan Valle Pavón y Morales: no se puede entender la evolución de la economía colonial sin atender a la quiebra financiera de la monarquía y a los altos costos que supuso para las economías del imperio tal descalabro en las cuentas del monarca.

Los trabajos de Barbier, Klein, Marichal y de Guillermina del Valle Pavón dan cuenta de esta verdadera catástrofe para el desarrollo de largo plazo de la economía mexicana. Bien, pero las evidencias señalan fundamentalmente al Estado colonial como depredador del crédito público, acudiendo a medios extraordinarios para transferir recursos a la metrópoli, o más precisamente a sus acreedores, más que

³³ Es una lástima que aún no contemos con una edición castellana de gran tiraje de este texto, precursor solitario de la historia financiera regional, porque seguramente se podrían encontrar en él provechosas líneas de investigación futura. GREENOW, 1983.

a un arreglo pernicioso de mercado. El colapso financiero produjo distorsiones en la política comercial, como el tráfico de neutrales y las licencias de internación, que relajaron las barreras de importación y abrieron aún más la economía novohispana, drenando recursos internos a través de flujos comerciales. Otra consecuencia notable, fue el gran desajuste fiscal que restauró al viejo principio maximizador en las recaudaciones, incrementando la presión sobre los súbditos y sus activos financieros.

Finalmente, como lo ha estudiado Valle Pavón, las corporaciones privadas del comercio también padecieron una extorsión financiera, señaladamente el Consulado de la Ciudad de México que, sin embargo, como el mayor intermediario financiero del monarca en el reino, reunió fabulosas sumas a cambio de un beneficio corporativo. Para el Consulado de la capital fue realmente onerosa esta posición entre la demanda de crédito público y el mercado privado de capitales, pero no catastrófica a juzgar por sus empeños en sostener un intercambio de antiguo régimen: privilegios por dinero. La ruptura vino, como sabemos, por la presión fiscal que impuso la corona sobre el mercado privado de crédito por medio de la Real Cédula de Consolidación de Vales Reales.

Lo que conocemos de la historia financiera del comercio de Guadalajara, por otra parte, es realmente exiguo: las contribuciones a los préstamos forzosos fueron modestas y generalmente recayeron sobre dineros corporativos —el obispo, los conventos y la Universidad— y el Consulado de comerciantes logró, excepcionalmente, marginarse de las listas de espléndidos contribuyentes de la corona sin perder sus privilegios y enfrentando la tenaz oposición de sus colegas de la capital virreinal. Si esto es una evidencia de su pericia para no contribuir, es posible que estemos tras una pista aceptable sobre su estrategia de sobrevivencia en un río revuelto. Pero también, vale decir, supieron aprovechar el marco institucional que les representó su adscripción al nuevo Consulado y desarrollaron una notable capacidad de negociación corporativa que les supuso una rebaja en sus costos de transacción.³⁴

³⁴ IBARRA, 2000b.

Ahora bien, como nuestros lectores críticos conocen, la riqueza no solamente supone disponibilidad de capital, sino también capacidad de endeudamiento. Entonces, si los comerciantes de Guadalajara lograron “entrar” a las corrientes del comercio de importación mediante el crédito, eso revela que aprovecharon el momento del mercado de capitales previo a la quiebra financiera y cuando ésta se produjo, probablemente perdieron menos que sus “aviadores” en la negociación de mercancías. Si esto fue así, entonces tenemos que hacer una historia financiera complementaria a la hecha hasta aquí, fincada en los créditos público y corporativo, para voltear al mercado privado de dinero, en una escala provincial, y con eso contrastar las apreciaciones que se desprenden de los “nudos institucionales” del crédito novohispano, a saber, el Consulado de Comercio de México y la Real Hacienda novohispana. En cualquier caso, las críticas de Valle Pavón y Morales, son esclarecedoras orientaciones de investigación que aguardan respuestas.

Como un corolario al debate, conviene concluir que probablemente la “historia regional” dejó hace años de ser un objeto de análisis para convertirse en un discurso historiográfico más, en donde las diferencias de calidad derivan, justamente, de su capacidad explicativa y de la relevancia de observación a que acuda. Por eso, la aguda precisión de Valle Pavón y Morales es muy atendible: es preciso trascenderla para llegar a los problemas relevantes del conocimiento.³⁵ Entonces, añadimos, quizá sea momento de ponerle un punto final al “hacer historia regional” simplemente por hacerla, para exigirle consistencia teórica y mejores conocimientos del pasado, sin quitarle el gusto a su oficio.

REFERENCIAS

ASSADOURIAN, Carlos Sempat

- 1983 *El sistema de la economía colonial. El mercado interior, regiones y espacio económico.* México: Nueva Imagen.

³⁵ VALLE PAVÓN y MORALES: 2001, p. 431, nota 11.

BÖTTCHER, Nikolaus y Bernd HAUSBERGER (coords.)

- 2000 *Dinero y Negocios. Contribuciones a la historia económica de América Latina en homenaje de Reinhard Liehr*. Frankfurt am Main: Bibliotheca-Americana, Vervuet Iberoamericana.

GARGANI, Aldo (comp.)

- 1983 *Crisis de la razón*. México: Siglo Veintiuno Editores.

GINZBURG, Carlo

- 1983 "Señales, raíces de un paradigma indiciario", en GARGANI, pp. 55-99.

GARCÍA DE LEÓN, Antonio

- 1985 *Resistencia y Utopía. Memorial de agravios y crónicas de revueltas y profecías acaecidas en la Provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia*. México: Era, 2 tomos.

GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis

- 1995 *El oficio de historiar*. México: Clío, 1995. *Obras completas de Luis GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ*, t. 1.
- 1991 "Veinte años de microhistoria mexicana", en *Historia Regional*, Guadalajara: Programa de Estudios Jaliscienses-Gobierno de Jalisco, pp. 9-21.
- 1989 *Todo es historia*. México: Cal y Arena.
- 1982 *Nueva invitación a la microhistoria*. México: Fondo de Cultura Económica, «SepOchentas, 11».
- 1973 *Invitación a la microhistoria*. México: Secretaría de Educación Pública, «SepSetentas, 72».
- 1968 *Pueblo en vilo: microhistoria de San José de Gracia*. México: El Colegio de México.

GREENOW, Linda

- 1983 *Credit and Socioeconomic Change in Colonial Mexico: Loans and Mortgages in Guadalajara, 1720-1820*. Boulder, Colorado: Westview Press, Dellplain, «Latin American Studies, 12».

IBARRA, Antonio

- 2000a *La organización regional del mercado interno novohispano. La economía colonial de Guadalajara, 1770-1804*. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla-Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Economía.

- 2000b "El Consulado de Comercio de Guadalajara, 1795-1821. Cambio institucional, gestión corporativa y costos de transacción en la economía novohispana", en BÖTTCHER y HAUSBERGER, pp. 231-263.
- 2000c "Mercado urbano y mercado regional en Guadalajara colonial, 1770-1810". Tesis de doctorado en historia. México: Centro de Estudios Históricos-El Colegio de México.
- 1999 "El mercado no-monetario de la plata y la circulación interior de importaciones en Nueva España. Hipótesis y cuantificación de un modelo regional: Guadalajara, 1802-1803", en MENEGUS, pp. 445-466.
- 1998 "La cuantificación sistemática en historia económica colonial: un notable desarrollo sin entorno teórico propio", en WOBESER, pp. 143-157.

LIRA, Andrés

- 1994 "Universalidades de la historia pueblerina", en OCHOA, pp. 167-171.

MENEGUS, Margarita (coord.)

- 1999 *Dos décadas de Investigación en Historia Económica Comparada en América Latina. Homenaje a Carlos Sempat Assadourian*. México: El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

OCHOA, Álvaro (comp.)

- 1994 *Pueblo en vilo, la fuerza de la costumbre. Homenaje a Luis González y González*. México: El Colegio de México-El Colegio de Michoacán.

SERRERA, Ramón María

- 1974 "Estado económico de la Intendencia de Guadalajara a principios del siglo XIX: la 'Relación' de Abascal y Sousa en 1803", en *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gessellschaft*, t. 11, pp. 121-148.

TORRES SÁNCHEZ, Rafael

- 2001 *Revolución y vida cotidiana: Guadalajara, 1914-1934*. México: Universidad Autónoma de Sinaloa-Galileo Ediciones.

VALLE PAVÓN, Guillermina y Luis Gerardo MORALES

- 2001 "¿Hacia una microhistoria económica?", en *Historia Mexicana*, LI:2 (202) (oct.-dic.), pp. 429-443.

VAN YOUNG, Eric

- 1992a "Introduction: Are Regions Good to Think?", en *Mexico's Regions. Comparative History and Development*. San Diego: Center for U.S.-Mexican Studies, University of California at San Diego, pp. 1-36.
- 1992[1979] "*Hinterland* y mercado urbano: el caso de Guadalajara y su región", en *La crisis del orden colonial*. México: Alianza Editorial, pp. 199-245.
- 1992[1985] "Haciendo historia regional. Consideraciones metodológicas y teóricas", en *La crisis del orden colonial*. México: Alianza Editorial, pp. 429-451.
- 1989[1981] *La ciudad y el campo en el México del siglo XVIII. La economía rural de la región de Guadalajara, 1675-1820*. México: Fondo de Cultura Económica.

WOBESER, Gisela von (coord.)

- 1998 *Cincuenta años de Investigación Histórica en México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad de Guanajuato.

ZEPEDA PATTERSON, Jorge

- 1983 "Investigación marxista y región: consideraciones metodológicas", en *Economía, Política y Sociedad. Revista de la Escuela de Economía*, 1 (ene.), pp. 7-21.